

JORGE LARRAÍN

IDENTIDAD CHILENA

Santiago de Chile. LOM Ediciones, 2001

Desde el siglo XIX la *intelligentsia* local viene preguntándose por los rasgos peculiares del ser chileno. Se habla del alma o destino de la nación, del genio del pueblo, de la idiosincrasia o del roto como genotipo de la raza o de un modo de ser. También del carácter nacional y del *ethos* cultural del país. Una buena recopilación de esta variedad reflexiva la constituye el libro *El carácter chileno* (1977), del sociólogo Hernán Godoy. Se trata de una antología que pone de manifiesto lo que constituye el punto de partida de la obra del también sociólogo Jorge Larraín: el hecho de que no existe un solo discurso o versión de la identidad que pueda agotar todas sus dimensiones y contenidos. Más bien lo que hay son versiones plurales sobre las dimensiones discursivas y extradiscursivas de lo que ha ido entendiéndose a lo largo de nuestra historia por identidad nacional. En esta perspectiva el libro de Larraín viene a llenar un vacío: por primera vez se realiza –y en esto consiste su aporte fundamental– un inventario, una clasificación y una descripción sistemática de los distintos discursos o versiones sobre la identidad chilena. Se describen y caracterizan la militar-racial, la psicosocial, la hispanista, la de la cultura popular, la católica esencialista y, por último, la versión empresarial o neoliberal. Al caracterizar cada uno de estos discursos, el autor los tensiona o vincula con dos contextos: por una parte, con las interpretaciones de la identidad latinoamericana y por otra, con la trayectoria chilena a la modernidad, itinerario que, según Larraín, contempla la modernidad oligárquica en el siglo XIX, su crisis entre 1900 y 1950, la expansión modernizadora y participativa de 1950 a 1973 y, finalmente, la etapa neoliberal en las últimas décadas. Nos entrega así, una escenificación del tiempo nacional, pues, en cada una de estas etapas, Larraín señala cambios en las identidades sociales y en las correspondientes narrativas de la identidad.

Para bien o para mal, estamos ante un libro que se inscribe en un registro sociológico, que se distancia por ende del ensayismo intuitivo e impresionista con que se suele tratar el asunto de la identidad. “Para bien”, por la rigurosidad y sistematicidad y porque el autor demuestra la tesis de que la modernidad no es necesariamente enemiga de la identidad, sino una instancia que incide en ella y la conforma. “Para mal”, por el excesivo afán taxonómico que caracteriza al lenguaje sociológico, y porque se trata de una perspectiva que está obligada a examinar “desde

afuera” un tema que tiene también un “desde adentro”, un “desde adentro” que no se deja aprisionar fácilmente por la mirada científica. Cuando el novelista inglés E.M. Forster señala que “si tuviera que escoger entre traicionar a mi país y traicionar a un amigo, ojalá tenga las agallas para traicionar a mi país”, o cuando Nicanor Parra escribe desde el Santiago agobiado por el *smog* un poema que dice “Puro Chile es tu cielo azulado”, nos encontramos con lenguajes que “hablan” sobre los rituales de la nación y de la identidad de una manera que difícilmente puede ser emulada por discursos disciplinarios sobre tales temas. No se trata, por supuesto, de pedirle a Jorge Larraín que se convierta en antipoeta, sencillamente de lo que se trata es de tomar conciencia de las limitaciones que tienen el lenguaje y la armazón epistemológica de las ciencias sociales para tratar asuntos que en cierta medida son irreductibles a la lógica racional, temas como la muerte, el amor o la identidad.

Uno de los logros del libro es la pedagogía que despliega en torno a la idea de identidad, desbaratando las concepciones esencialistas, puristas y metafísicas de la misma. Desvirtúa así aquellas miradas que piensan que la identidad está constituida por un paquete de rasgos fijos e inalterables, sea este el “carácter apequeñado y sobrio”, “el espíritu de los héroes de la Concepción” o “el *ethos* cultural barroco” e “hispano-católico”. El relato sociológico de la identidad chilena que hace Larraín muestra por el contrario que la identidad nacional ha sido cambiante a lo largo de la historia y que tiene —en sus diversas versiones— una dimensión discursiva, ideológica e imaginada. También que en los discursos identitarios de nuestra historiografía subyace una concepción esencialista, que alimenta la ideología de la homogeneidad del ser chileno o ciertos mitos como el de “los ingleses” o “los suizos de América Latina”. Cuestiona así la existencia de un específico cultural chileno o latinoamericano, la idea de que existiría un núcleo cultural endógeno incontaminado, idea que tiende a conferirle un signo de valor absoluto a lo indígena, lo campesino y a la cultura oral, mientras que demoniza todo lo ciudadano o urbano, especialmente la cultura letrada, los medios de comunicación y las industrias culturales, pues todo ello habría significado impurezas para nuestra “sacrosanta identidad”.

Desde mi punto de vista, echo de menos una discusión más extensa y crítica de los peligros que enfrenta la identidad (prefiero el término “dignidad”) chilena *vis-à-vis* la globalización. A pesar de que estoy consciente de que la identidad es maleable y diversa y que no tendría ningún sentido colocar una muralla frente a los embates mediáticos y tecnológicos del mundo actual, me preocupa e inquieta lo que está ocurriendo en Chile. Parece, como ha señalado Nicanor Parra, que Chile más que un país “es un paisaje”. La lógica de mercado y la imitación compulsiva parecieran no tener entre nosotros contrapeso. Carecemos, como país, de piso, de proyecto común, de alma. El libro de Larraín aquí y allá y sobre todo en la parte final dedicada a “la identidad chilena hoy”, toca estos temas. Echo de menos, sin embargo, una posición más decidida y opinante del autor, aunque entiendo que ello podría resultar

contradictorio para una postura radicalmente antiesencialista. Estimo, empero, que frente al peligro del esencialismo identitario, se da también el riesgo posmodernista, que puede llegar a aceptar todo lo que existe en función de un pensamiento blando y acrítico. Jorge Larraín no cae en esta trampa, y en este sentido, aunque su texto tiene como uno de los pivotes el itinerario de Chile a la modernidad, se diferencia claramente de otros discursos sociológicos que sí han caído en ella, como por ejemplo el de José Joaquín Brunner. Es la diferencia entre un pensamiento que consigna y describe la vía chilena a la modernidad neoliberal y otro, como el de Brunner, que también la describe pero que resulta una apología acrítica de la misma. Aunque más de alguien podría argumentar que un estilo intelectual como este último forma ya parte de la identidad chilena.

Cabe finalmente señalar que ha sido la lectura de este manual de la identidad chilena la que ha incitado estas reflexiones (manual, según el *Diccionario...* de la R.A.E. es un libro en que se compendia lo más sustancial de una materia). Se trata, en consecuencia, de un texto necesario para quien quiera conocer o incursionar en un tema que la globalización y el nuevo escenario cultural han vuelto a poner en primer plano.

Bernardo Subercaseaux
Universidad de Chile